

Sólo con amor se es capaz de construir un país

Carta Pastoral de los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Santiago.

Luego de la reunión ordinaria del mes de junio, los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Santiago, que comprende las Diócesis de Santiago, Valparaíso, Linares, Rancagua, San Felipe y Talca, han dado a la publicidad una Carta Pastoral sobre la situación actual del país:

Los Obispos de la Zona Central de Chile, al reflexionar sobre la situación de nuestra patria, sentimos la urgencia de dirigirnos a los católicos de nuestras diócesis.

Partimos de un hecho fundamental: Chile es un país que está en un fuerte proceso de cambios. Nuestra reflexión y nuestra palabra la situamos y expresamos en la perspectiva de nuestra fe cristiana y no en el nivel de las ciencias humanas.

Cambios habrá siempre. Es nuestra condición humana buscar la meta definitiva, prometida ya por Cristo: la resurrección final, cuando Él venga. El hombre siempre buscará un modelo de sociedad más justo y verdadero, porque lleva en su corazón la inquietud del Dios creador: "poseerás la tierra"; y, creyente o no, sentirá el mandato de Cristo a hacerla más fraternal, porque "éste es mi mandamiento: que se amen unos a otros como Yo los he amado".

Éste es el plan positivo de Dios. Cada paso del cambio debiera conducir efectivamente a una vida más justa, más llena de amor fraterno, en la medida que sea orientado por el Evangelio de Cristo. Hay cambios que toman una dirección equivocada cuando son inspirados por concepciones materialistas o no toman en cuenta la complejidad del hombre, que es fuerza y debilidad, bondad y maldad, mezcla de gracia y pecado.

En esta perspectiva queremos decir una palabra sobre nuestra situación en Chile.

Estamos preocupados por la marcha del país, por el desarrollo de los acontecimientos. Nos duele ver las largas colas de chilenos, -los millones de horas que se pierden cada semana-, sufriendo la humillación de vivir en esas condiciones. Parece un país azotado por la guerra.

Nos preocupa el mercado negro, desatado por la inmoralidad de quienes negocian en forma injusta con los alimentos y otros productos esenciales.

No aprobamos, por principio, el éxodo de profesionales. El país debe encontrar caminos realistas y verdaderos para evitar esta sangría. Es deber moral de todo chileno permanecer en la tierra que lo vio nacer y le proporcionó su profesión.

Nos preocupa que los medios de comunicación no sean veraces y sobre todo que inciten al odio. Al destruir la verdad y el amor faltan a sus deberes fundamentales, son inmorales.

Contemplamos, con angustia, la inflación que nos invade en forma creciente de día en día y la crisis de nuestra economía.

En estos días presenciamos el problema de los mineros del cobre de El Teniente, con las implicaciones que tiene en la vida sindical, en la marcha de la economía. Condenamos la violencia que crece en este conflicto laboral y pensamos en los sufrimientos que habrían podido evitarse.

Entendemos que el mal está más allá de las palabras, y que no bastan consejos de bondad. Sabemos que el papel de la Iglesia no es dar soluciones técnicas, pero queremos aportar algunas reflexiones que pueden iluminar la situación que vivimos, sin pretender decidirlo todo.

I. Es falsa la división del país entre socialistas y capitalistas

Socialismo y Capitalismo son dos expresiones ideológicas que se han convertido en símbolo. Querer reducir todo el problema chileno a estas dos palabras es una simplificación que no se ajusta a la verdad. La realidad es mucho más compleja que los símbolos y sistemas, porque los hombres somos mucho más que una palabra. Vivimos realidades mezcladas con mitos, con utopías, y no basta repetir una palabra para creer que todo está solucionado.

Hasta ahora en Chile la palabra socialismo representa un sistema bastante indeterminado. Y tampoco es posible dar el nombre de capitalismo a todo lo existente hoy día.

No puede estructurarse la sociedad partiendo del principio que somos un conjunto de enemigos. La paz no vendrá del dominio de un grupo sobre otro. El bien de la sociedad requiere el aporte y la colaboración de todos y el pleno reconocimiento de todos los derechos. Lo exige la justicia; y sólo sobre la justicia puede cimentarse la paz.

Pedimos buscar más lo que nos reúne y no lo que divide. Nos parece necesario servir más a los hombres concretos, con nombres y con rostros, antes que jugar con definiciones o palabras. Valen más los hombres que los sistemas; importan más las personas que las ideologías. Las ideologías dividen; la historia, la sangre, la lengua común, el amor humano y la tarea semejante que los chilenos tenemos hoy deben ayudarnos a formar una familia. Nuestra palabra no tiene otro objetivo ni otra esperanza que la de ayudarnos a mirarnos como iguales, como hermanos. No merecemos vivir en la angustia, la incertidumbre, el odio o la venganza.

II. La idolatría del poder

La lucha por el poder, la estrategia por poseerlo, afianzarlo o recuperarlo, aparecen como metas de la vida humana, especialmente en la política.

Ya no importa el precio que se pague: el poder constituye el ídolo y el espejismo para muchos. Olvidamos lo que dice la fe: la vida de toda persona es sagrada. Todo hombre es mi hermano. El poder fácilmente puede corromper el corazón de quienes lo tienen. La Historia lo demuestra. Quien adora el poder termina cazado en su propia trampa.

Nos preocupa la tendencia al estatismo absoluto, sin la adecuada participación.

El poder sólo es un medio para el bien común. Más que poderosos se requieren servidores. Cristo nunca ambicionó el poder. Insistió siempre en que Él venía a servir: "Quien desee ser el mayor entre vosotros sea el servidor" (Marcos 10,48).

La idolatría del poder lleva necesariamente a la quiebra de los valores morales a la ambigüedad entre lo que es moral, o inmoral. El principio de Maquiavelo, "el fin justifica los medios", está siempre latente en el corazón del hombre.

La Iglesia siempre ha denunciado el totalitarismo. Bajo ese nombre se esconde cualquier sistema total y absoluto, basado generalmente en ideologías que pueden ser muy diferentes y a veces antagónicas y que no tolera ningún contrapeso, ninguna crítica, ninguna fuerza de equilibrio.

Recordemos las palabras de Cristo: "No se puede servir a dos señores". Es imposible servir a Dios y al dinero. No se puede servir a Dios e idolatrar al poder.

Todos tenemos culpa y tenemos pecado. Pecamos por acción, y mucho más por omisión. Hay cobardías. Hay silencios culpables. Debemos dar pasos de sinceridad y de verdad.

III. El aporte original de los cristianos

Nuestra meta es construir el Reino de Dios. Es edificar la Iglesia al servicio de los hombres y de la sociedad en que vivimos. Eso solamente se puede conseguir con el Evangelio, en una conversión del corazón y en una fidelidad siempre mayor al espíritu de Cristo. Hacer todo esto es apasionante y justifica nuestra vida. También es tarea ardua, difícil y conflictiva, porque el corazón humano es así.

Decimos: no, a la mentira; no, a la prepotencia; no, al odio. Como los apóstoles, nosotros hemos creído en el Amor. Y éste siempre produce sinceridad, justicia, misericordia, fraternidad.

El camino cristiano es el único: lo creemos el mejor, porque pasa por el corazón del hombre para transformar las estructuras.

Queremos comprender la impaciencia de quienes buscan caminos aparentemente más eficaces para mejorar el país; pero, en definitiva, el único camino realmente liberador pasa por los criterios y la mentalidad de Jesucristo. Por eso la Iglesia ha denunciado los errores y los males tanto del capitalismo como los del marxismo.

Lo que realmente convence es la integridad de la vida, el ser consecuente con lo que se cree y con lo que se es.

El mejor aporte que la Iglesia puede dar al país es entregarle cristianos amantes de la verdad y de la justicia. Es formar cristianos que luchan por la construcción de la paz. Ese es nuestro problema: somos poco cristianos y tal vez excesivamente verbalistas.

Se acerca la fiesta de Pentecostés. Para quienes creemos en la acción del Espíritu Santo será la oportunidad de pedirle a Dios que repita el milagro de ese día. Los hombres que hablaban idiomas diferentes lograron entenderse y superar las distancias. El amor los hizo acercarse. Sólo con amor

se es capaz de construir un país.

La Virgen estaba presente en Pentecostés. Ella es la Madre de la Iglesia. Ha sido la Madre de nuestra Patria, desde sus comienzos por voluntad de nuestros próceres, Ella nos ayudará a superar la difícil situación de nuestro Chile. Es nuestro mensaje, nuestro ferviente deseo, nuestra oración.

Santiago, 1 de junio de 1973.

Raúl Cardenal Silva Henríquez, Arzobispo de Santiago; Emilio Tagle, Arzobispo de Valparaíso; Augusto Salinas, Obispo de Linares; Alejandro Durán, Obispo de Rancagua; Enrique Alvear, Obispo de San Felipe; Raúl Silva Silva, Obispo Titular de Eudossiadé; Carlos González, Obispo de Talca; Fernando Ariztía, Obispo Auxiliar de Santiago; Ismael Errázuriz, Obispo Auxiliar de Santiago.